



Capítulo 111 - El post-evento

Vergil habló con serena autoridad, su voz atravesando la tensión del ambiente. "¿Querías una explicación?", preguntó con tono firme pero autoritario. "Esta es la única que importa: me casé con los demonios más hermosos del mundo. Por supuesto, tomaría los apellidos de mis amadas esposas. ¿No es cierto, Katharina, Ada y Roxanne?"

Mientras hablaba, dos mujeres aparecieron de la nada, de pie junto a él y agarrándolo de los brazos.

"¡Es totalmente cierto!" dijo Katharina, abrazándolo con fuerza.

—Miren a mi marido... ¡Deberían estar avergonzados! ¡Dejen a mi amorcito en paz! —gritó Roxanne con voz cortante y protectora.

—¡Ay, zorras...! ¡Fuera de aquí! ¡Es mi momento! —La Novia Sangrienta saltó del escenario de repente, abrazando a Vergil por detrás con un abrazo de hierro.

La arena quedó en silencio, el peso del momento más opresivo que cualquier barrera mágica o sed de sangre. Todos los espectadores estaban en un estado de shock casi total. Cualquiera con un mínimo de conciencia social comprendía la gravedad de lo que acababa de ocurrir. Quienes carecían de tal conciencia temblaban, sin embargo, abrumados por un temor instintivo. Procesar lo ocurrido les resultaba insoportable.

Magnus Phenex, antaño símbolo de invencibilidad, yacía derrotado y humillado en el suelo, mientras Vergil se erguía firme e inquebrantable. A su lado estaban sus esposas, que emanaban un aura de autoridad e intimidación.



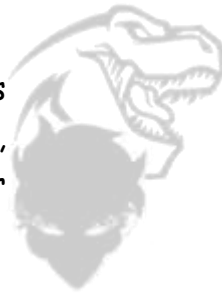


El marcador continuó brillando intensamente con el nombre completo de Vergil, grabando su identidad en tres de los linajes demoníacos más poderosos: Agares, Baal y Sitri.

Runeas Gremory, heredera del ilustre clan Gremory, estaba sentada en su palco privado, aferrándose a la barandilla de mármol con tanta fuerza que empezó a agrietarse. Sus ojos carmesí brillaban con una mezcla de curiosidad, asombro y algo completamente distinto.

"Esto es imposible... Fufufu..." murmuró, con una risa débil y temblorosa escapando de sus labios. "¿Agares, Baal y Sitri? Esto contradice todo lo que sabemos sobre los linajes demoníacos. ¿Cómo puede un hombre ejercer tal poder?", se preguntó en voz alta, mirando fugazmente a Victoria, quien observaba la escena a su lado.

—He vivido mil años, y le aseguro que esto no debería ser posible, Lady Runeas —respondió Victoria con voz aguda y mesurada—. Pero, pensándola en ella, quizá sea mejor ignorar lo imposible. —Dirigió la mirada hacia una mujer sentada en una de las zonas VIP, que bebía vino con evidente satisfacción.



Runeas la ignoró, pensando a toda velocidad en cómo esta revelación podría afectar el prestigio de su propio linaje. Si la fama de Vergil se consolidaba, podría incluso eclipsar el apellido Gremory. «Hay que vigilarlo de cerca», murmuró, casi para sí misma. «Muy de cerca». Una lenta sonrisa se extendió por sus labios, y cualquier preocupación sobre su clan se desvaneció por completo de su mente, desapareciendo como si nunca hubiera existido.

Runeas no fue el único que se sintió inquieto por esta revelación.

Elias Shax, heredero del clan Shax, finalmente susurró, casi para sí mismo: «Vergil Agares, Baal, Sitri... ¿Quién es este tipo? ¿Algún tipo de monstruo?»



A su lado, un compañero de clan intentó animar el ambiente con una broma: «Quizás solo sea un oportunista con buena suerte».

Elias giró la cabeza lentamente, fulminando al joven con la mirada. "¿Viste lo que le hizo a Magnus? No fue suerte. Fue habilidad. Habilidad y algo más... algo que no podemos ignorar", murmuró.

"Un hombre vinculado a tres clanes demoníacos reales... esto es un desastre inminente. Los Arcontes no lo dejarán pasar", concluyó antes de volver su atención a la arena, donde la escena que se desarrollaba parecía un giro dramático en la trama de una saga.

"Vigílalo de cerca", ordenó Elías.

"Entendido, joven maestro."

Mientras tanto, Mael Raum, otro observador de la asamblea de jóvenes demonios, permanecía sentado en silencio en su zona reservada, golpeando rítmicamente el brazo de su silla con los dedos. Su expresión era indescifrable, pero sus ojos brillaban con intensa curiosidad.

"Humilló a Magnus de una manera nunca vista", dijo Mael, rompiendo el silencio. "Y ahora descubrimos que carga con el peso de tres clanes reales. No es casualidad".

"¿Crees que está tratando de consolidar el poder político?" preguntó una criada de llamativo cabello azul y ojos verdes.

Mael negó con la cabeza. "No. Este tipo solo quiere pelear. Es como Zafiro: nada le importa excepto la emoción de la batalla. Tú mismo lo viste; disfruta





más destrozando y humillando a sus oponentes que ejerciendo poder. Si le importara la política, no se exhibiría tan abiertamente. No sigue las reglas establecidas. Necesitamos estudiar cada uno de sus movimientos."

Jade Beleth, heredera del clan Beleth, permanecía de pie, con las manos en las caderas, observando a Vergil a través del cristal como un depredador que evalúa a su presa. Chasqueó la lengua, visiblemente frustrada.

"¿Tres clanes reales? ¡Qué irritante!", murmuró Jade, con evidente frustración al mirar a sus compañeros. "Si es tan fuerte, ¿por qué no apareció antes? ¿Acaso esperaba el momento perfecto para hacer esta entrada triunfal? ¡Perdí una apuesta por su culpa!"

"Señorita, nuestras investigaciones confirman que sólo ha sido un demonio durante siete meses", sugirió con cautela uno de sus guardaespaldas.

Jade entrecerró los ojos y negó con la cabeza con incredulidad. "¡Tonterías! Acaba de poner patas arriba todas nuestras prioridades. Quiero saberlo todo sobre él: dónde nació, cómo fue entrenado, quiénes son sus aliados y su familia. No dejaré que un hombre como este camine por el Inframundo sin conocer sus debilidades".

Mientras los herederos lidiaban con sus reacciones, el público general estaba alborotado. Las voces se mezclaban en una cacofonía de elogios, incredulidad y miedo.

"¿Es un heredero secreto? ¿Por qué nadie lo sabía antes?"

"Si lleva los nombres de Agares, Baal y Sitri... ¡entonces es más poderoso que cualquier Rey Demonio vivo! ¡Es prácticamente un Arconte!"





¿Va a desafiar todo el sistema? ¡Esto es una amenaza para la estabilidad del Inframundo!

A pesar de la especulación desenfrenada, una cosa estaba clara: nadie podía apartar la vista de Vergil. Se había convertido en el innegable centro de atención, y su mera presencia ejercía la fuerza gravitacional de un agujero negro.

En medio del caos, Vergil permaneció inquebrantable, firme como una montaña inquebrantable. A su lado, Katharina y Roxanne irradiaban confianza, como si disfrutaran de la reacción del público.

—Cariño, realmente sabes cómo robarte la atención —bromeó Roxanne, aferrándose posesivamente al brazo de Vergil.

"No es robo si siempre fue suyo", respondió Katharina, lanzando una mirada desafiante a la multitud.

Mientras tanto, Zuri, de vuelta a su lado, permanecía imperturbable. Mordisqueaba con naturalidad una manzana que había sacado de la nada. «Están armando demasiado alboroto por nada. Mi amo es un idiota; yo soy la verdadera estrella aquí. Acéptenlo y sigan adelante».

A medida que la tensión en la arena comenzaba a disiparse, una nueva escena se desplegó en las alturas, más allá del alcance de los ojos mortales. En lo alto, entre las nubes, separadas de la percepción común por un resplandor etéreo, se alzaban dos figuras de imponente presencia.

La primera figura era imponente y severa. Su mirada dorada, afilada como una espada celestial, parecía atravesar cada capa de la existencia. Era Amón,





el Arconte, uno de los gobernantes supremos del Inframundo, cuyo poder y sabiduría trascendían la comprensión de los demonios más jóvenes.

A su lado, más relajada pero no menos amenazante, se encontraba Zafiro Agares. A pesar de su actitud despreocupada, el brillo travieso en sus ojos dejaba claro que cada palabra y acción estaba calculada. El viento jugueteaba con su cabello rojo mientras miraba hacia la arena con una sonrisa pícara.

La mirada de Amon estaba fija en Vergil mientras el joven comenzaba a abandonar la arena con sus esposas. Su mirada analítica parecía diseccionar a Vergil, desentrañando sus secretos más profundos. Tras un largo silencio, su voz retumbó como un trueno lejano.

—Tiene **esa** sangre —dijo Amon, con un tono frío y cargado de antigüedad. Su mirada no vaciló—. ¿Por qué lo dejaste vivir, Zafiro? Debería haber sido eliminado al nacer.

Zafiro ladeó ligeramente la cabeza, como si hubiera anticipado la pregunta. Su sonrisa se ensanchó y una chispa juguetona iluminó sus ojos azules.

"Oh, mi querido amigo..." comenzó Zafiro, con una voz suave y un toque de sutil provocación. "La gente con **esa** sangre suele ser frágil; se rompe antes de poder ser útil. Pero él..." Señaló con gracia a Vergil. "Siempre fue diferente."

Amon arqueó una ceja, con una expresión impasible como el mármol tallado. "¿Diferente? ¿Cómo exactamente?"

Zafiro rió entre dientes, con un sonido suave y enigmático. «Desde que nació, ya era más fuerte de lo que debería. Incluso antes de convertirse en demonio, **era** un demonio en esencia. No por elección ni por las circunstancias, sino





por naturaleza. No hubo necesidad de convertirlo, solo de liberar lo que ya llevaba dentro».

'Es por eso que el contrato falló con las chicas... ¿cómo conviertes a un demonio en un demonio?' reflexionó brevemente, mientras su sonrisa se ampliaba.

Amon entrecerró los ojos. "Eso sigue sin explicar por qué decidiste protegerlo."

La sonrisa de Zafiro se ensombreció, adquiriendo un tono depredador. «Su madre parece humana, pero hay algo en ella que no he podido identificar del todo. Y su padre...». Hizo una pausa, sosteniendo la mirada de Amon como si pusiera a prueba su paciencia.

Amon inclinó ligeramente la cabeza, esperando que ella continuara.

—Muerto —dijo Zafiro con naturalidad, como si comentara sobre el tiempo—. Lo confirmé yo misma. Una figura intrigante, pero nada que representara una amenaza real ni resistencia. Sin él, Vergil se convirtió en una inversión irresistible. Es único, Amon. Algo que no hemos visto en siglos.

El Arconte guardó silencio un momento, sopesando sus palabras. Finalmente, rompió el silencio con una pregunta que sonó más bien a una afirmación.

"¿Estás enamorado?" preguntó, levantando una ceja, y la expresión de Sapphire se quebró casi instantáneamente.





Zafiro, siempre tan serena y calculadora, parpadeó rápidamente como si le hubieran asestado un golpe directo. Su sonrisa pícaro se desvaneció y sus ojos azules se entrecerraron mientras miraba fijamente a Amon.

"¿Qué?" Su voz salió más aguda y aguda de lo que pretendía, pero se recuperó rápidamente, carraspeando y echándose el pelo hacia atrás en una exagerada muestra de indiferencia. "¿Enamorada? ¡Qué idea tan ridícula, Amon!"

El Arconte, con su imponente postura inquebrantable y su mirada inquebrantable, arqueó aún más una ceja; un extraño indicio de diversión se dibujó en su rostro por lo demás austero.

—Dudaste —comentó simplemente, con una voz serena y provocadora—. Y, Zafiro, tú nunca dudas. Sobre todo, por algo tan trivial como los sentimientos.

Zafiro se cruzó de brazos, cambiando el peso a un lado en una postura que denotaba irritación y desafío. «Estás sobreanalizando. Vergil es... un activo, como ya he dicho. Nada más y nada menos. Si me involucro emocionalmente, es con su potencial. No confundas mi previsión estratégica con algo tan... mundano como la pasión».



Amonladeó levemente la cabeza; sus ojos dorados brillaban con una mezcla de curiosidad y diversión. «No me malinterpretes, Zafiro. No te estoy juzgando. Es curioso que alguien con tu historial de desapego esté tan... interesado en proteger a alguien como él».

"¿Invertido?", repitió Zafiro, con una risa breve y ligeramente forzada. "Simplemente sé reconocer el valor cuando lo veo. El chico es especial, y tú lo sabes tan bien como yo. No se trata de emociones, Amon. Es pura lógica."



El Arconte se cruzó de brazos, observándola como un erudito que resuelve un rompecabezas complejo. «Lógica, dices. Y, sin embargo, el tono de tu voz y la forma en que hablas de él...» Hizo una pausa, dejando sus palabras flotando en el aire antes de terminar, «...cuentan una historia diferente».

Zafiro abrió la boca para replicar, pero la cerró enseguida, recuperando su actitud fría y calculadora. Se acercó a Amon, con los ojos brillantes de determinación.

"Si crees ver algo más allá de lo obvio, es tu problema, no el mío." Hizo un puchero, dejando escapar una rara muestra de emoción.

"¡Pff... JAJAJAJAJAJA!" Amon estalló en una risa incontrolable, y su presencia, usualmente estoica, se rompió al finalmente mirar a Vergil.

*¿Has conquistado el corazón de este lunático? ¡Jajajaja! ¡Quiero conocerte!
*, pensó con una divertida y aturdida sonrisa.

